

las desgracias de su política extranjera se manifestó la ruina en el interior, donde no podían satisfacerse las contribuciones ni pagarse á los acreedores del gobierno, y la bancarrota del Estado parecía inevitable. A pesar de la decadencia interior conservó la monarquía española su posición frente del extranjero, porque los organismos vivos sucumben solo lentamente ante males rastreros. Continuaba enfrente de las potencias europeas representando la potencia universal gracias á su posesión del hemisferio opuesto; pero se iba acercando el tiempo en que las dos potencias marítimas nuevas habían de disputarle su pretensión universal colonial.

El interés religioso al comenzar el movimiento le había dado un impulso enérgico; pero á medida que continuó, se disminuyó este impulso cediendo la preponderancia al interés político, no porque hubiera dejado la monarquía española de proteger y apoyar la religión católica, pues no renunció á sus grandes planes dominadores á pesar de haber fracasado por lo pronto, porque estos planes formaban su esencia, y su realización era la condición de todo su poderío. Mas adelante veremos que entró en otras vías políticas que, según su cálculo, habían de conducirla al deseado objeto. Lo que á la rama española de la casa de Habsburgo se había presentado superior á sus propias fuerzas, creyó lograrlo en unión con la rama alemana.

También en este terreno parecía corresponder á la Inglaterra protestante el papel principal de la jefatura de la Europa amenazada; pero el rey Jacobo, protestante de tendencias papistas, no era capaz de continuar la obra de Isabel; y por tanto la Francia bajo el cetro de Enrique IV, rey papista de tendencias protestantes, y después de Enrique bajo el gobierno del cardenal Richelieu, se elevó á la categoría de potencia directora cuando se hizo necesario rechazar las tentativas de la casa de Habsburgo para establecer su monarquía universal. Por lo demás la Francia representaba dentro del mundo romano-católico una política más libre, por no decir más secular que la política reaccionaria y obstinada de la corte de España.

LA CUESTION BÁLTICA

El Norte de Europa experimentó como el Este durante el siglo XVI una grandísima transformación política, que como la del Occidente europeo tuvo su origen en el territorio alemán. La transformación política del Oeste nació en el círculo de Borgoña, degenerando en una lucha que no tardó en inflamar todo el Occidente de Europa. En el Norte estalló con motivo del territorio de la orden teutónica, entrando todas las potencias septentrionales en la contienda, la cual fué tomando con el tiempo la forma de una lucha por el predominio sobre las demás potencias interesadas. No por eso, sin embargo, dejó de complicarse la cuestión política con los intereses religiosos de la época que tuvieron al fin la parte más importante en la solución de esta cuestión. En el Occidente de Europa fué España la que representó la política ultramontana queriendo hacerla servir á favor de su proyectada preponderancia; y cuando estuvo ya cercana á obtener el triunfo, que creía tener ya en sus manos, estrellóse contra la resistencia de sus adversarios protestantes, principalmente de Inglaterra, y volvió á caer súbita é irremisiblemente de su altura. En el Norte fué la Polonia, «España septentrional», la que viendo caer cada vez más el poder del ultramontanismo trataba con energía siempre creciente de establecer su dominio y preponderancia en los países del Báltico, hasta que, hallándose ya cerca de lograr su deseo, fué rechazada muy lejos de su objeto por la Suecia protestante. Fueron, pues, las tendencias principales de aquella época y sus prin-

cipios fundamentales los que, elevándose en los extremos opuestos de Europa sobre los demás intereses, provocaron movimientos generales que á pesar de diferencias locales presentan rasgos de su carácter común.

La cuestión de la preponderancia política en el Norte de Europa tiene su origen muy adentro de la Edad media y espera todavía hoy su solución definitiva. Es la cuestión del dominio del Báltico que salió á la superficie ya en tiempo de Enrique el León para adquirir desde entonces sin cesar más extensión y profundidad. Mientras florecía la liga anseática fué ella la que tuvo el dominio del Báltico, reuniendo en sus manos todo el comercio de este mar, privilegio que conservó mediante las factorías y hasta ciudades que estableció á lo largo de la costa. Los buques anseáticos hacían el cambio de los productos del Norte y del Sur de Europa y de las comarcas polares con las tropicales de la India, porque entonces ni Dinamarca ni Suecia sabían aprovechar las ventajas que ofrecían sus costas, ni tampoco librarse de la tutela de los comerciantes alemanes.

Cuando al comienzo del tiempo moderno se hizo el comercio oceánico á consecuencia de los descubrimientos de nuevos continentes y de nuevas vías marítimas, y cuando los países ribereños del Océano empezaron á comerciar directamente entre sí y con los países trasatlánticos, entonces tocó la hora postrera de la liga anseática. La decadencia de esta liga dió ocasión á que los países ribereños del Báltico se elevaran marítima y mercantilmente y se disputaran la herencia, es decir, el dominio del Báltico. En esta lucha adquirieron su importancia y su poder político, lo cual dió nuevo interés á la cuestión báltica y del predominio político entre los nuevos Estados.

Eran cuatro las potencias que entraron en esta lucha; dos de ellas eran desde antiguo dueños de costas sin haber comprendido hasta entonces su valor, y las otras dos se encontraban separadas de las orillas, á las cuales desearon llegar tan luego como comprendieron su importancia. Las primeras potencias eran Dinamarca y Suecia, y las últimas Polonia y Rusia. La Dinamarca, bañada por el Báltico y el Mar del Norte, y en posesión de la Noruega, se encontraba en la situación más favorable para tomar parte en el nuevo comercio marítimo, ya oceánico, ya simplemente báltico, siendo además dueño de los estrechos que unen los dos mares y estando en situación de permitir ó negar el paso. La Suecia, unida hasta entonces á Dinamarca y dependiente enteramente de este país, quebrantó en tiempo de Gustavo Wasa aquella dependencia que le era insostenible porque le había impuesto el convenio de Calmar; y cuando se hizo independiente, trató enérgicamente de levantar su comercio y su marina, adversaria de consiguiente de Dinamarca que ostentaba en sus armas tres coronas reales para recordar que sus reyes habían ceñido las tres coronas escandinavas. El reino de Polonia, separado durante largo tiempo del mar por los territorios de la orden teutónica, se hallaba en continua lucha con el gran maestro y los caballeros de esta orden que caminaba rápidamente á su decadencia y disolución; pero debió principalmente sus victorias al apoyo de la fuerte oposición de los estamentos de la orden en el territorio de la antigua Prusia, de suerte que en el curso del siglo XV (en la paz de Thorn de 1466) entró en posesión de la mitad occidental del territorio prusiano de la orden. La parte de la Prusia oriental, transformada en principado laico, se sometió á título de feudo á la Polonia medio siglo después (1535). La Rusia finalmente, emancipándose á fines del siglo XV de la supremacía tártara, empezó á constituirse con la reunión de distintos principados formando el gran ducado de Moscou, pero quedando todavía separada de la Europa occidental

por la ancha Lituania dependiente del reino de Polonia, y faltándole de consiguiente el medio más importante, para aquellas comarcas y aquella época, de adquirir poderío é importancia política, á saber: la comunicación directa con el mar. En efecto, su territorio no llegaba ni al Mar Negro, ni al Báltico, porque del primero le separaban los reinos tártaros de Casan y de Astrakan y el khanato de Crimea, y del se-

gundo la Finlandia sueca y los territorios que la orden teutónica poseía en Livonia, es decir la Curlandia, la Livonia y la Estonia, en los cuales dominó la orden alemana de los Hermanos de la Espada aun después de la caída de la orden teutónica.

Estos territorios estaban destinados á ser la manzana de discordia, por la cual las cuatro potencias citadas empeza-



El rey Estéban Bathory de Polonia. Grabado anónimo del último tercio del siglo XVI

ron su lucha violentísima, pues que su posesión les parecía á todas cuatro condición previa del predominio del Báltico. Para la Rusia esta posesión significaba todavía mucho más que para las otras potencias rivales, porque la ponía en comunicación con el mar, del cual estaba completamente apartada.

Mientras la rama principal de la orden teutónica dominante en Prusia caía bajo la dependencia de Polonia, la rama de Livonia experimentó un cambio muy importante haciéndose independiente; pero quedó al mismo tiempo aislada y privada del apoyo de la rama principal. Era la de Livonia una federación, una república representada por los Estados, ó sea la nobleza y las ciudades que no reconocían más superior que el emperador y el Papa. La orden acaudillada por el maestro general, en posesión de la mayor parte

del territorio y nominalmente soberana del país, tenía que atender á un número de príncipes de la Iglesia casi completamente absolutos en concepto político, como el arzobispo de Riga y los obispos de Dorpat, Oesel y Curlandia (ó Piltén). Además de estos señores eclesiásticos había que contar con los caballeros dueños de castillos fuertes y de grandes territorios, y finalmente con las ciudades, en las cuales estaban establecidos comerciantes alemanes, que hacían un comercio lucrativo con Rusia y Polonia. Estas ciudades eran opulentísimas, muy civilizadas, y poseían grandes privilegios municipales. La asamblea, que se componía de los tres brazos ó clases citadas, gobernaba el país; pero la rivalidad de los tres estamentos casi nunca permitió tomar una resolución común. Cada uno de los tres Estados y cada individuo dentro de cada Estado se regía solo por sus pro-

pios intereses é inclinaciones. Las ciudades velaban celosas por sus ventajas mercantiles; los caballeros, guerreros en otro tiempo, solo se ocupaban en satisfacer su vanidad y lujo, y no pensaban mas que en comer, beber y dormir.

La reforma religiosa, que tanto contribuyó á robustecer el poder de los príncipes y soberanos, conmovió la base de esta sociedad, organizada al estilo de la Edad media; y con la libertad é independencia anárquica de los miembros principales, quitó á la órden y á los obispados las condiciones fundamentales de su existencia. El país, ante los peligros que amenazaban del exterior, se encontraba sin fuerza de resistencia, y las tendencias centrífugas de los elementos particularistas, representadas principalmente por los prelados (en primer lugar por el arzobispo de Riga), solo tenían por objeto su interés propio, y así encontraron en la Polonia, que aprovechó esta ocasion de intervenir, el apoyo que deseaban. El peligro mayor y mas inmediato que amenazaba á esta organizacion vetusta y caduca, era el que procedía de Rusia. Ivan III, desde el momento en que hubo cerrado la factoría alemana de Nowgorod y conducido á Moscou á sus comerciantes cargados de cadenas, acabando así con aquella república mercantil, ocupóse en la realizacion de la idea que habían tenido ya sus predecesores de abrir á su Imperio, cada día mas robusto, el acceso al mar, y con él la comunicacion inmediata con el Oeste europeo civilizado. El obstáculo que se oponía á este proyecto era la órden de Livonia, y el primer acto de Ivan debía ser su expulsion de aquel país; pero Plettenberg, maestre general de la órden, rechazó en 1501 con el auxilio de Polonia, y en lucha heroica, la tentativa de Ivan. Su nieto, del mismo nombre, teniendo ya mas medios de accion, despues de haber conquistado los reinos tártaros de Cassan y Astrakan, extendido sus dominios desde el Mar Blanco hasta el Don y el Cáucaso, y tomado disposiciones para extenderlo sobre la Siberia, volvió á fijar su vista en el Oeste y la suerte vino á favorecerle de la manera mas inesperada. Este Ivan fué el que cambió su antiguo título análogo á gran duque por el de césar ó *czar*, y cuyo gobierno feroz ha cubierto su nombre para siempre con el calificativo de Ivan el Terrible, pero cuya política penetrante y osada le ha asegurado la fama de ser el fundador del imperio ruso.

Las ciudades anseáticas del Báltico procuraron con exagerado celo impedir las relaciones mercantiles directas de los holandeses é ingleses con las ciudades de Livonia, las cuales, en especial Reval y Narva, tenían en sus manos el comercio con Rusia. Esto habia excitado la rivalidad del naciente comercio de los países ribereños del Mar del Norte, y habia sido causa de que en el año 1553 se tornara en Londres una compañía anglo-moscovita con el objeto de entrar en relaciones directas con la Rusia septentrional, para hacer el comercio de peletería. En el año siguiente, una expedicion inglesa, enviada bajo el mando del capitán Chancellor para descubrir el paso del Norte, encalló en la embocadura del Dvina, es decir, en la costa rusa, por cuya razon el jefe de la expedicion se presentó al czar en Moscou. El soberano ruso al despedirle le dió una carta para el rey Eduardo VI, excitando al pueblo inglés y á su monarca á entrar en relaciones mercantiles directas con los rusos, y en 1555 concedió privilegios especiales á la compañía anglo-moscovita mencionada para el comercio directo con su Imperio, cuyo comercio, á pesar de los esfuerzos en contra de las otras potencias del Norte y de la liga anseática, tomó grandísimo incremento.

Esta alianza polar con una potencia occidental, á pesar de ser importante bajo el punto de vista de la civilizacion, no influyó casi nada en la prosperidad política de la Rusia; pues

para ello era menester que este Imperio llegase al Báltico, y á este objeto dirigió Ivan sus esfuerzos con la firme resolucion de conquistar la Livonia, «ya que en su opinion los livonios eran un obstáculo al comercio y á la libertad de los rusos.» Apenas le costó trabajo buscar pretextos, porque los encontró con facilidad, y á principios del año 1558 un imponente ejército ruso recorrió y asoló la Livonia, sin encontrar apenas resistencia á causa de las discordias y desavenencias interiores. En mayo conquistó la ciudad de Narva, y en el otoño la de Dorpal, quedando desde entonces este obispado con toda la parte oriental de la Livonia convertido en propiedad rusa. La hueste rusa llegó hasta Riga y la frontera de Lituania, y regresó de su terrible expedicion cargado de botin.

Esta invasion rusa fué la señal de la disolucion definitiva de los diferentes territorios que componían la Livonia; los livonios, convencidos de su impotencia, de la cual solo podían culpárse á sí mismos, se dirigieron en busca de auxilio y proteccion á potencias extranjeras que no dejaron pasar esta ocasion de sacar provecho de sus promesas de socorro. Primero presentaron su solicitud (junio de 1558) á la Dinamarca como la potencia mas poderosa por mar en el ámbito del Báltico; pero no unidos y presididos por el gran maestre de la órden, sino cada obispado y estamento separadamente y por su propia cuenta. Para la Dinamarca era de gran importancia la conservacion de la Livonia, porque, segun dijo el mismo rey Cristian III, este país era un precioso baluarte contra la Rusia y la Polonia. Por esta razon la Dinamarca esforzó su pretension de antiquísimos derechos de soberanía sobre el ducado de Estonia, sin curarse de los breves pontificios sobre los cuales fundaba la órden sus derechos de posesion. Sin embargo, el carácter pacífico de Cristian no le permitió adelantarse hasta el punto de comprometer á su país en una guerra con la órden. Solo quiso entrar en negociaciones con los livonios sobre la base de que estos reconociesen los derechos de soberanía de la Dinamarca sobre la Estonia, y le cediesen las dos comarcas septentrionales de este país, Harria y Virlandia, con Reval y otras plazas fuertes, bajo la condicion de prestarles su auxilio que por lo demás solo consistiría en facilitar al gran maestre de la órden una suma relativamente insignificante, y en interponer su mediacion para que se hiciese la paz entre la Rusia y la Livonia.

Es probable que esta actitud reservada de la Dinamarca fuese causa de que los livonios, en un parlamento reunido en Riga, se decidieran á no buscar el auxilio tan lejos, y á dirigirse á la vecina Polonia que al parecer estaba muy dispuesta á concederlo. En 30 de agosto y 15 de setiembre de 1559 se hicieron en Wilna convenios por parte de la órden y por parte del arzobispo de Riga con el rey de Polonia, reconociéndole como protector de todo el territorio de la órden, sin perjuicio de la soberanía del imperio alemán. El rey de Polonia, Segismundo Augusto, aceptó el protectorado y prometió su auxilio contra los rusos, en cambio de lo cual la órden le cedió aproximadamente la sexta parte de su territorio, con la condicion de recuperarlo despues de la guerra pagando una cantidad tan crecida, que aquel territorio podía considerarse cedido para siempre. El obispo de Curlandia y de Oesel continuó afecto á la Dinamarca y entregó sus obispados al nuevo rey Federico II (en el tratado de Nieborg del 25 de setiembre de 1559) en cambio de una suma con la cual se retiró del país. El rey Federico dió estos territorios eclesiásticos á título de principado secular á su hermano menor el duque Magno, que en abril de 1560 desembarcó en la isla con tropa dinamarquesa y procuró con buen éxito extender su nuevo dominio. Desde luego adquirió

el territorio de Reval, comprándolo al obispo Mauricio Wrangel, el cual con el dinero se retiró inmediatamente á otro país. Despues quiso hacer valer sus pretensiones á la comarca Estonia, situada enfrente de la isla de Oesel, y al convento de Padis, uno de los puntos mas importantes y fuertes de aquella parte de Estonia, con el pretexto de que formaban parte del obispado de Oesel.

Mientras así se fué desmembrando ilegalmente la federacion de Livonia, porque era contrario á la constitucion y á

los deberes episcopales que los prelados dispusiesen arbitrariamente de sus territorios sin el consentimiento de toda la confederacion, los rusos volvieron á tomar las armas, dispuestos á no tolerar que se estableciesen potencias extranjeras en los territorios que ellos querían conquistar para sí. En el año 1560 invadieron, pues, de nuevo la Livonia, tomaron el castillo fuerte de Marienburg, y despues de haber vencido el 2 de agosto cerca de Ermes, avanzaron saqueando y asolando hasta Pernau y derrotando en todas partes á las fuer-



Segismundo III, rey de Polonia y de Suecia. Grabado de Dominico Custos (1560-1612)

zas de la órden. Entonces correspondia evidentemente á la Polonia acudir al auxilio de la órden; pero en lugar de esto se mantuvo inmóvil para hacerse pagar mas caro su auxilio. Del imperio alemán no recibió la órden mas que promesas vanas, como lo fueron las relativas al envío de fondos; y las cartas en las cuales el emperador encargó á los países inmediatos que corrieran al auxilio de las colonias alemanas en peligro, no dieron ningun resultado. El peligro fué creciendo, y en esta situacion la Estonia y la ciudad de Reval imitaron el ejemplo de aquellos obispos traidores y anunciaron (agosto de 1560) al gran maestre de la órden que en vista de que no podía defenderlas buscarían ellas mismas un apoyo contra los rusos, no como los obispos en la corte de Dinamarca, sino en la de sus vecinos los suecos. Estos se mostraron dispuestos á apoderarse de los territorios sobre los cuales el rey de Dinamarca habia hecho valer pretensiones antiguas: y Gustavo Wasa dijo que en vista de los esfuerzos de

los dinamarqueses para llegar á ser vecinos de los suecos en el golfo de Finlandia, era preferible ser los primeros y arrebatar al perro su presa antes de dejarse morder por él. Su hijo y sucesor el arrojado Erico no dejó escapar la ocasion que se le ofrecía y declaró á los estonios que estaba pronto á protegerlos, siempre que se sometieran á su gobierno, pues que no tenia costumbre de proteger lo que no era suyo. En junio de 1561 los estonios le reconocieron por soberano; pero el comandante del castillo de Reval no quiso entregarlo sin autorizacion de su señor el gran maestre, y entonces fué menester un sitio en toda regla para que los suecos se apoderasen de él. Desde aquella fecha se tituló Erico «rey de los suecos, godos y vendos y señor de la comarca livonia y de Reval.» Con esto entró la Suecia en la lucha de las potencias del Norte por el dominio del Báltico; porque Erico, á fin de conservar lo que habia ganado, tuvo precision de ensanchar sus conquistas.

Esta nueva segregación de otra parte de Livonia aumentó el peligro para el resto de aquel país, que había quedado sin auxilio y tuvo por consecuencia su descomposición completa. Ya en abril de 1560, en vista de los nuevos peligros, el viejo maestro de ejército, Guillermo de Fürstenberg, en la asamblea de la orden reunida en Riga había renunciado su dignidad en manos de Kettler; lo cual constituyó un cambio en la política seguida hasta allí, porque mientras el general dimitente había sido adversario decidido de la unión con Polonia que tan mal cumplía sus compromisos, el nuevo general se mostró celosísimo defensor de la protección polaca. Habían decidido entonces los estamentos livonios que en el caso de que el Imperio germánico continuara dejando sus colonias sin auxilio, se autorizaría al gran maestro a salir de la Iglesia, casarse y convertir la Livonia en principado secular. La orden teutónica ya por su parte había tomado esta resolución en la antigua Prusia unos 30 años antes; el nuevo general Kettler, al ver perdida la causa de la orden, para conservar al resto del territorio de Livonia la unidad aun a costa de su independencia, pensó en seguir también en esto el ejemplo de la orden teutónica en Prusia y poner el territorio restante de Livonia, después de transformado en principado laico, bajo la protección de Polonia a título de Estado vasallo. La Polonia, sin embargo, exigió la sumisión completa, y Kettler consintió en ella en noviembre de 1561; con lo cual la parte de Livonia que pertenecía todavía a la orden vino a ser propiedad de Polonia, quedando solo exceptuadas la Semigalia y la Curlandia que formaron un principado hereditario y solo dependiente de la corona de Polonia a título de feudo, que fué dejado a Kettler por vía de recompensa.

Así se hundió después de una existencia de 350 años un Estado que había cumplido en las márgenes del Báltico la gran misión de cristianizar y civilizar a pueblos salvajes, y la otra no menos importante de ser la avanzada de la Europa cristiana por el Nordeste. Con el derrumbamiento de esta avanzada perdió la Alemania sus colonias en aquella parte de Europa, sin mover siquiera las manos para evitar esta pérdida; y el comercio alemán, y no solamente el del Báltico, sufrió pérdidas inmensas sin que ni el emperador ni el Imperio dijese una palabra.

Entonces se originó en el Occidente de Europa la guerra que tuvo por resultado la fundación de un nuevo Estado, la Holanda, y en el Nordeste se encendió otra guerra violentísima por los restos de un viejo estado europeo. En Holanda las siete provincias septentrionales de los Países Bajos españoles consiguieron, gracias a su unión, una existencia política independiente, cuando en el Nordeste de Europa se deshacía un Estado antiguo político a causa de la desunión de sus hijos.

La posición de cada una de las cuatro potencias del Norte era la siguiente: la Dinamarca odiaba a la Suecia su correligionaria, que era para ella no solo un rebelde, sino un enemigo declarado, y los suecos aborrecían a la Dinamarca, no solamente por su pretensión a las tres coronas escandinavas y por los territorios que conservaba en la costa meridional de Suecia, sino porque las dos potencias eran rivales y luchaban a la sazón por el dominio del Báltico y de los territorios ribereños, al Este. La Dinamarca había manifestado sus pretensiones al dominio de territorios de Livonia, y la Suecia, más decidida, se había apoderado de estos dominios, sin hacer caso de las reclamaciones de Dinamarca. El rey Erico, cuando el duque Magno le pidió el reconocimiento de su soberanía sobre el obispado de Reval, contestó que le haría construir fuera de la ciudad una iglesia donde podría

cantar a su gusto, y también dijo, manifestando así su proyecto político, que quería llegar a ser en el Norte un rey como el de España. Era, pues, inevitable una guerra encarnizada entre las dos potencias.

No menos hostiles que sus vecinos occidentales se mostraban entre sí las dos potencias orientales, interesadas en la cuestión báltica. La Polonia poseía la mayor parte de los territorios de la orden teutónica y de su rama menor; toda la costa desde la Pomerania hasta la Estonia le pertenecía, y al parecer era bastante fuerte para conservar estas posesiones a pesar de la codicia de la Rusia. Poseía además un baluarte fuerte en el gran ducado de Lituania, dependiente ya de Polonia, y que después se le agregó definitivamente. Por su parte el czar moscovita, tenaz y resuelto, no renunció a su programa de dar a la Rusia la preponderancia en los pueblos del Báltico y de arrebatar con este objeto en lucha sañuda a su vecina la Polonia el botín que tan fácilmente había logrado.

Mientras Erico fué rey de Suecia, la guerra entre Suecia y Dinamarca, que estalló en 1563, ocupó el primer lugar en la historia de los sucesos del Norte. Sabida es la enemistad que se profesaban los hijos del rey Gustavo, entre los cuales se había dividido su joven Imperio de la manera más incomprensible. Los hermanos menores, principalmente el duque Juan que había recibido la Finlandia, no quisieron conformarse con la voluntad de su hermano el rey, y a éste le pareció inaguantable tener en sus hermanos dos súbditos demasiado poderosos, porque su deseo era mantener el poderío de la corona sin merma en la monarquía nacional creada por su padre. También en esta situación deplorable figuró el Estado de la orden teutónica, que experimentó la catástrofe final; porque Juan, irritado de que Erico se hubiese apoderado de la Estonia, indispensable para la seguridad de la Finlandia, adoptó una actitud de oposición y entró en relaciones con Segismundo Augusto, rey de Polonia, con cuya hermana Catalina Jagellona se casó. Erico, sospechando una traición, marchó contra su hermano y le sitió en Abo haciéndole prisionero y persiguiendo a sus partidarios con rigor feroz.

La Polonia por su parte, irritada ya contra Erico por su toma de posesión de la Estonia, se alió con su adversario el rey de Dinamarca. Segismundo Augusto, para luchar contra la Suecia con la mayor fuerza posible, se dirigió al czar suplicándole que desistiera de sus planes sobre la Livonia polaca; pero Ivan, para el cual implicaba esta pretensión nada menos que la renuncia a toda su política sobre el Báltico, rechazó con aspereza la proposición diciendo: «que lucharía contra cuantos trataran de disputarle la Livonia y que se apoderaría de este país aunque todos los soberanos cristianos tomaran su defensa.» Por su oposición a Polonia hizo en 1564 alianza con Suecia, permaneciendo amigo de esta potencia mientras reinó Erico, y a él se debió que los polacos, después de haber conquistado a Parnau, no se apoderaran de toda la parte sueca de Livonia. Por otra parte, las relaciones mercantiles entre Rusia e Inglaterra se hicieron cada vez más activas y favorables; el rey Erico solicitó la mano de la reina Isabel de Inglaterra, y España tomó parte en la contienda en favor de Dinamarca y Polonia, pues que Felipe II tenía destinado al Norte su papel correspondiente en el proyecto de su monarquía universal. No faltó entonces quien dijera que nada convenía tanto a la política de los Habsburgos como dominar el estrecho que separa el Báltico del mar del Norte; y cuando el rey de Suecia solicitó la mano de la reina Isabel, Felipe II entró en negociaciones con María, reina de Escocia, de la cual se decía que era contraria a la Suecia y cuya mano solicitó el rey Federico de Dinamarca.



El rey Esteban Bathory de Polonia. Facsímil de un grabado anónimo de 1576